

¿Pueden salvarse las personas que no conocen a Cristo ni a la Iglesia? En ese caso, ¿por qué es importante la fe, si no es necesaria para salvarse?

Para la Iglesia católica, «salvación» significa dos cosas: «sanar» al ser humano de una situación moralmente decaída (pecado original y pecados personales) y «elevar» al hombre a la comunión con Dios, es decir, capacitarlo para una vida espiritual que trasciende las posibilidades meramente humanas, pues es consecuencia de una intervención de Dios en la vida personal («gracia»).

Este proceso de salvación acontece en la historia de la humanidad y en la biografía personal mediante Jesucristo, salvador del hombre. Mediante la fe conocemos este plan de Dios que se ha revelado en Jesús: Él mismo, su Persona, es la salvación. Esta es la «Buena Noticia» o Evangelio.

Lo cual no significa que gran parte de la humanidad, que desconoce de hecho a Jesús y el Evangelio, quede al margen de ese designio de salvación.

Quienes «ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, cono-

cida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna» (Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 16).

Por tanto, los no cristianos pueden salvarse mediante la gracia que Dios da a través de «camino que Él sabe» (Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22). Por el contrario, si alguien rechaza explícitamente ser salvado, Dios no fuerza su libertad:

«Quienes voluntariamente pretenden apartar de su corazón a Dios y soslayar las cuestiones religiosas, desoyen el dictamen de su conciencia y, por tanto, no carecen de culpa» (Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 19).

«Tener fe» es conocer explícitamente el designio salvador de Dios que acontece con Jesucristo. En cambio, «no tener fe» es desconocer ese plan salvador que afecta a todos los hombres.

La fe significa un gran bien: conocer el verdadero rostro de Dios y la amistad con Jesucristo, el Dios-con-nosotros. Para todo hombre es un bien la revelación de la ver-

dad sobre Dios, sobre el hombre mismo y su destino, y sobre el mundo. Por el contrario, vivir en la ignorancia de la verdad acerca de las últimas cosas es un mal, que frecuentemente está en el origen de sufrimientos y esclavitudes dramáticas.

La plena adhesión a Cristo, que es la Verdad, y la incorporación a su Iglesia perfeccionan la libertad humana. Es un don vivir en la comunión con el Hijo, recibir de Él la certeza del perdón de los pecados y vivir en la caridad que nace de la fe. Por eso, la Iglesia quiere hacer partícipes a todos los hombres de esos bienes, para que tengan la plenitud de la verdad y de los medios de salvación. ■

Para saber más:

Catecismo de la Iglesia Católica,
161; 183; 846.

José Ramón Villar